

Sumario

Como lo anota el autor, se trata de un comentario interpretativo de la exhortación Ecclesia in America. Nos ofrece los grandes ejes temáticos de la exhortación a través de un recorrido atento que lanza a una lectura renovada del ser, quehacer y misión de la Iglesia en América.

Exhortación Apostólica Postsinodal "Ecclesia in America"

Un comentario interpretativo

Álvaro Cadavid Duque, pbro.

Doctor en Teología. Profesor en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín - Antioquia - Colombia

Introducción

En el discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Santo Domingo - República Dominicana-, el Papa Juan Pablo II propuso la posibilidad de un encuentro sinodal, en el que los representantes de los obispos de las diversas Iglesias particulares de América se reunieran para incrementar la cooperación entre ellas y asumir juntos, dentro del marco de la nueva evangelización, los problemas relativos a la justicia y la solidaridad entre las Naciones de América (cf. Discurso inaugural n. 17). Luego, en la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, el Papa anuncia su propósito de convocar dicho Sínodo, que versaría “sobre la problemática de la nueva evangelización en las dos partes del mismo Continente [...], y sobre la cuestión de la justicia y de las relaciones económicas internacionales, considerando la enorme desigualdad entre el Norte y el Sur” (cf. TMA n. 38). Finalmente, después de los trabajos y documentos preparatorios (*Lineamenta*, 1996, enviado a la consideración de todas las Conferencias Episcopales del Continente y el *Documento de Trabajo -Instrumentum Laboris-*, septiembre 1997, que recoge las respuestas dadas por las Conferencias Episcopales y que se presenta como el documento que servirá de base para los debates sinodales), el Sínodo se realizó en el Vaticano del 16 de noviembre al 12 de diciembre de 1997.

Este Sínodo hace parte de otros Sínodos que el Papa ha querido convocar con motivo del gran Jubileo del año 2000. El de los obispos de África se realizó en 1994, el de Asia y el de Oceanía se llevaron a cabo los dos en 1998, y el de Europa está convocado para este año de 1999. Además de éstos se realizará otro Sínodo general en el año 2000. El propósito de todas estas asambleas es evaluar la tarea de la Iglesia en el milenio que termina y colocarse de cara al nuevo milenio, brindando pistas pastorales para respon-

der a los desafíos que el mundo de hoy le pone a la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Como fruto de las reflexiones y deliberaciones hechas en el Sínodo de América, fueron entregadas a la secretaría general del mismo 76 proposiciones que, luego, con la ayuda de una comisión postsinodal compuesta por 15 obispos, preparó un borrador que se entregó al Papa.

La publicación de esta exhortación se esperaba con expectativa ya que, por una parte, era la primera vez que se realizaba un Sínodo en el que estaban presentes los representantes de los obispos de toda América y, además, por la naturaleza misma del documento que el Papa elabora como fruto de las reflexiones de la asamblea. El 29 de enero de 1999, en la basílica de Nuestra señora de Guadalupe - México-, el Papa personalmente entrega la exhortación *Ecclesia in America* sobre el *Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América*.

El texto tiene 76 numerales escritos en un lenguaje ágil y claro. Al observar las citas de pié de página salta a la vista el uso permanente que el Papa hace de las proposiciones hechas por los padres sinodales. El 75% de las proposiciones son recogidas en la exhortación, lo que revela el deseo del Papa de acoger las reflexiones y los aportes hechos por los obispos del Continente.

Además de la introducción y de la conclusión, la exhortación está dividida en 6 capítulos, que siguen la secuencia de la temática del Sínodo: dos capítulos están dedicados al encuentro con Jesucristo vivo, un capítulo dedicado a la conversión, otro a la comunión, otro a la solidaridad y el último dedicado a la nueva evangelización, marco pastoral dentro del que se hicieron las reflexiones sinodales.

El empleo de la palabra *América*, en singular, es intencional por parte del Papa. Con él se quiere expresar "no sólo la unidad ya existente bajo ciertos aspectos, sino también aquel vínculo más estrecho al que aspiran los pueblos del continente y que la Iglesia desea favorecer, dentro del campo de su propia misión, dirigida a promover la comunión de todos en el Señor" (n. 5).

Se revela en el texto el uso de una metodología ya utilizada en Santo Domingo, en la que antes de mirar la realidad, -en este caso el encuentro con Jesucristo vivo en la realidad de América- se parte de un momento cristológico-contemplativo. Esta metodología y, sobre todo, el tema mismo del sínodo, -el encuentro con Jesucristo vivo-, hacen que lo cristológico recorra el documento de punta a punta.

Los dos primeros capítulos, nn. 8-25, encierran ese "ver contemplativo". En el primer capítulo se hace una cristología profundamente existencial a partir de cinco encuentros de Jesús con diversas personas; encuentros que marcaron profundamente la vida de las mismas. Luego con la luz de esos encuentros se mira la realidad del continente americano para reflexionar sobre el encuentro con Jesucristo vivo en esa realidad. El paso siguiente fija la mirada en el hecho de que el encuentro verdadero con Jesucristo vivo debe llevar a la conversión de las personas y de las estructuras al Reino de Dios (nn. 26-32); esa conversión a Jesucristo, fruto del encuentro con él, debe llevar y expresarse en unas acciones concretas de renovación eclesial: la comunión y la solidaridad. La acción pastoral de la Iglesia en América -la nueva evangelización-, si quiere hacerse creíble, deberá estar marcada por los signos de la comunión y la solidaridad entre las personas, en los procesos y en las estructuras eclesiales. Dichos signos constituyen el testimonio que invita a la comunión y a la solidaridad de todos los hombres y mujeres de América entre sí y de éstos con Dios (nn. 33-65)¹. El capítulo final (nn. 66-74) está dedicado a analizar algunos aspectos y tareas concretas que deberán tenerse muy presentes en la nueva evangelización.

Síntesis interpretativa

Capítulo I: El encuentro con Jesucristo vivo

Se resaltan en este capítulo algunos encuentros especiales de Jesús con algunas personas: la mujer samaritana, Zaqueo, la Magdalena, los discípulos de Emaús y, finalmente, el encuentro de Jesús con Pablo (n. 9). Son encuentros que se realizan en momentos

¹ Esta interpretación global de la exhortación es propuesta por ella misma en el n. 7b.

especiales de esas personas y que transforman sus vidas; son todos ellos encuentros que llevan a la conversión, a la comunión y a la solidaridad, y terminan en una misión.

Hay que destacar la categoría "encuentro" usada por la exhortación como una clave de lectura cristológica. La cristología elaborada desde esta categoría le hace perder todo abstraccionismo esencialista-metafísico, tornándola más profundamente personal-vivencial-existencial, ya que toca las fibras más íntimas de la persona: el encuentro con una mujer samaritana que está buscando agua y a quien Jesús le ofrece agua viva que calma la sed para siempre. Es un encuentro que la lleva a anunciar la mesianidad de Jesús; el encuentro con un hombre que hace esfuerzos por ver a Jesús y encontrarse con él y a quien Jesús le propone otro encuentro más profundo: ir a cenar a su casa, encuentro que lo transforma y lo lleva a dar a los pobres la mitad de sus bienes; el encuentro con una mujer que va a buscar el cuerpo de Jesús al sepulcro y que regresa como testigo de la resurrección; el encuentro con dos discípulos que caminan desilusionados y a quienes Jesús les devuelve la calidez de su presencia; el encuentro con Pablo que de perseguidor de los cristianos lo transforma en testigo de Jesús resucitado. Además de estos encuentros personales con Jesús, hay también otros encuentros de carácter comunitario, entre los que se destaca el encuentro de Jesús con el grupo de sus discípulos (n.10). En esta tarea de encontrarse con Jesús, es relevante el papel de María, ya que ella es camino seguro para encontrar a Cristo (n.11). Para encontrarse con Jesús la Iglesia cuenta hoy con unos lugares privilegiados: las Sagradas Escrituras, la liturgia y las personas, especialmente los pobres (n.12).

Capítulo II: El encuentro con Jesucristo en el hoy de América

En la situación real y concreta de América, -situación que es compleja debido a la diversidad de modos de proceder de los hombres y mujeres del Continente-, es el lugar donde nos encontramos hoy con Jesús (n.13).

Obviando complejos análisis, la exhortación enuncia algunos elementos que retratan la situación religiosa-social del Continente y que facilitan el encuentro con Jesús: -la identidad cristiana, aunque

365

no sólo católica, del Continente (n. 15; cf. n. 5), que, a su vez, llama al ecumenismo (n. 14); -los santos y mártires que América ha producido, que son la expresión y los mejores frutos de esa identidad cristiana (n. 15); -la religiosidad popular, que ofrece indicaciones válidas para una mayor inculturación del evangelio, sobre todo, en las culturas indígenas y afroamericanas (n. 16); -la implantación de las Iglesias orientales, fruto de las inmigraciones, que son un llamado a la unidad de la Iglesia católica con aquéllas, para que se manifieste mejor la catolicidad de la Iglesia (n.17); -la significativa presencia de la Iglesia en los campos de la educación y de la acción social (n.18); -la creciente consciencia del respeto de los derechos humanos (n. 19).

Pero también hay otros elementos de la realidad de América que obstaculizan el encuentro con Jesús y se convierten en desafíos para la acción eclesial: -el fenómeno de la globalización, que a nivel económico se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según la conveniencia de los poderosos y que, a nivel cultural, impone, a través de los medios de comunicación social, una escala de valores materialista (n. 20); -la creciente urbanización, que causa desarraigo cultural, pérdida de costumbres familiares y alejamiento de las propias tradiciones religiosas (n. 21); -el peso de la deuda externa sobre las naciones, que es ya agobiante y quita la posibilidad del desarrollo social (n. 22); -el fenómeno de la corrupción, que favorece la impunidad y el enriquecimiento ilícito, la falta de confianza en las instituciones políticas y en la administración de la justicia (n. 23); -el comercio y consumo de drogas, que contribuye a la violencia y a la degradación de las personas (n. 24) y, finalmente, -los daños ecológicos producidos por estilos de vida egoístas (n. 25).

Capítulo III: Camino de Conversión

El encuentro con Jesucristo vivo mueve a la conversión. Se trata de un cambio de mentalidad que toca no sólo el modo de pensar intelectual, sino también el propio modo de actuar para adecuarlo a los criterios evangélicos. Esa conversión conduce a la comunión fraterna y mueve a la solidaridad. La conversión llama, por tanto, a una vida nueva en la que no haya separación entre la fe y las obras, coherencia que nos hace, precisamente, santos (n. 26).

La conversión al Evangelio hoy en América significa revisar todos los ambientes y dimensiones de la vida, especialmente lo que pertenece al bien social y político (n. 28). Dicha conversión es una tarea permanente, que toca a la misma Iglesia en sus agentes de comunión. En este sentido tiene una particular importancia el llamado que la exhortación hace a los Obispos: "Esta conversión exige especialmente de nosotros obispos una auténtica identificación con el estilo personal de Jesucristo, que nos lleva a la sencillez, a la pobreza, a la cercanía, a la carencia de ventajas, para que, como Él, sin colocar nuestra confianza en los medios humanos, saquemos, de la fuerza del Espíritu, y de la Palabra, toda la eficacia del Evangelio, permaneciendo primariamente abiertos a aquellos que están sumamente lejanos y excluidos" (n. 28).

Luego se invita todos los fieles a vivir la espiritualidad cristiana; espiritualidad que tiene una fuerte dimensión social (n. 29). Los medios para vivir esta espiritualidad y llegar a la santidad son: la oración personal y litúrgica, la contemplación de los misterios cristianos, la vida sacramental asidua (n. 30), la reflexión orante de la Sagrada Escritura (n. 31) y la práctica del sacramento de la reconciliación. Todos ellos son lugares que permiten un especial encuentro con Jesús (n. 32).

Capítulo IV: Camino para la comunión

La comunión intratrinitaria es modelo de toda comunión. La Iglesia es signo e instrumento de la comunión querida por Dios. Esa comunión debe manifestarse en América a través de signos muy concretos como son: la oración en común, las relaciones entre las conferencias episcopales, los vínculos entre obispo y obispo, las relaciones de hermandad entre las diócesis y las parroquias y la mutua comunicación de agentes pastorales para acciones misionales específicas. Esa comunión exige conservar el depósito de la fe en su pureza e integridad, así como la unidad del colegio de los obispos bajo la autoridad del sucesor de Pedro (n. 33). La puerta de entrada a la comunión eclesial son los sacramentos de iniciación cristiana, siendo la eucaristía el centro de la comunión con Dios y con los hermanos y un lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo vivo (n. 35).

367

Luego la exhortación fija la mirada en los agentes promotores de la comunión eclesial:

- El obispo, quien debe promoverla a través de la participación y corresponsabilidad de los diversos miembros de la comunidad en la vida de los organismos diocesanos y en la realización de planes de acción pastoral de conjunto (n. 36). Es ésta una comunión que no debe quedarse sólo a nivel de las diócesis, sino que tiene que alcanzar a todo el continente americano a través de una comunión más intensa entre las Iglesias particulares, la realización de reuniones interamericanas (n. 37) y la comunión fraterna con las Iglesias orientales (n. 38).

- El presbítero es signo de esa unidad y, por eso, se le pide una sólida espiritualidad desde su configuración con Cristo Cabeza y Pastor; estar atento a los desafíos del mundo actual y ser sensible a las angustias y esperanzas de sus gentes, asumiendo una actitud de solidaridad con los más pobres; discernir los carismas y cualidades de los fieles para impulsar su participación y solidaridad (n. 39) y, por otra parte, están llamados a intensificar la pastoral vocacional (n. 40). En este mismo contexto se pide renovar la institución parroquial para que sus estructuras pastorales sean más eficaces, pues ella es un lugar privilegiado en el que los fieles pueden tener una experiencia concreta de comunión. Una clave de tal renovación es considerar la parroquia como una comunidad de comunidades y movimientos. Para el logro de tal fin se propone la tarea de formar comunidades y grupos eclesiales que favorezcan verdaderas relaciones humanas, donde se viva más intensamente la comunión y se escuche mejor la Palabra de Dios. Esa renovación reclama la figura de un pastor renovado (n. 41).

- Luego se ocupa la exhortación de los demás agentes de comunión y participación: los diáconos permanentes para los que se solicita un selección, formación y acompañamiento más cuidadoso en su proceso de formación (n. 42); la vida consagrada, sobretudo las mujeres consagradas,

considerada fundamental en la nueva evangelización (n. 43); los laicos, cuya participación tanto en la vida intraeclesial, a través de sus diversos carismas y ministerios, como en su compromiso con el mundo, a través de la encarnación de los valores evangélicos como la misericordia, el perdón, la honradez, la transparencia de corazón y la paciencia en las condiciones difíciles, es decisiva para la renovación de la Iglesia y para la construcción de la comunidad, al punto que se considera que la responsabilidad del futuro de la Iglesia en América recae en gran parte sobre ellos (n. 44) y dentro de éstos se da un puesto central a la mujer (n. 45); la familia es "Iglesia doméstica" y lugar ideal de comunión (n. 46); Los jóvenes y los niños son la esperanza del futuro y hay que acompañarlos en su encuentro con Cristo (nn. 47-48).

- Son también lugares de comunión el encuentro de los cristianos católicos con los cristianos de otras confesiones (n. 49), la colaboración con las comunidades judías (n. 50) y el respeto y la colaboración mutua en el trabajo por la paz y la justicia con los creyentes de religiones no cristianas (n. 51). Se promueve de esta manera el ecumenismo y el diálogo interreligioso.

Capítulo V: Camino para la solidaridad

La solidaridad es fruto de la comunión, que se funda tanto en el misterio del Dios trino como en el misterio de la encarnación y la pascua del Hijo de Dios. La solidaridad se expresa en el amor cristiano, especialmente a los más necesitados. De aquí se deriva el deber para las Iglesias particulares del Continente de la recíproca solidaridad, compartiendo sus dones espirituales y materiales y promoviendo la cultura de la solidaridad (n. 52).

Desde su doctrina social, que es el lugar del que debe partir el cristiano católico para buscar soluciones concretas a los problemas sociales del Continente (nn. 53-54), la exhortación propone la globalización de la solidaridad como respuesta a la actual globalización de la economía. Por eso la Iglesia se siente llamada a promover una mayor integración entre las naciones para crear una verdadera cul-

tura globalizada de la solidaridad y a colaborar en la reducción de los efectos negativos de la globalización (n. 55).

Las situaciones que se analizaron en el segundo capítulo como obstáculos a la comunión, son ahora retomadas de nuevo y calificadas de "pecados que claman al cielo" (n. 56): la deuda externa, la lucha contra la corrupción, el problema de las drogas, la carrera de armamentos, la cultura de la muerte, la violencia y la sociedad dominada por los poderosos, la discriminación racial, las desigualdades entre los grupos sociales, y la destrucción de la naturaleza. Para cada uno de estos problemas y situaciones se proponen algunas líneas concretas de acción (nn. 57-65).

En todas esas situaciones los más afectados son los pobres, razón por la que la Iglesia de América se siente llamada a vivir con ellos y participar de sus dolores, testificando con su estilo de vida que, sus prioridades, sus palabras, sus acciones, y ella misma, están en comunión y solidaridad con ellos. La actitud hacia ellos debe incluir la asistencia, la promoción, la liberación y la aceptación fraterna (n. 58). Esta solidaridad se extiende, de una manera especial, a los pueblos indígenas, a los americanos de origen africano, con quienes la Iglesia de América quiere ser solidaria, defendiendo y promoviendo sus culturas y derechos (n. 64), y también a los inmigrados, defendiendo sus derechos y exigiendo el respeto de su dignidad (n. 65).

Capítulo VI: La misión de la Iglesia hoy en América: la nueva evangelización

La nueva evangelización es el programa nuevo que requiere la misión evangelizadora ante la singularidad y novedad en la que el mundo y la Iglesia se encuentran y las exigencias que de ello se derivan, a las puertas del tercer milenio (n. 66). El núcleo vital de la nueva evangelización es el anuncio de Jesucristo, razón por la que la Iglesia de América debe hablar cada vez más de Jesucristo, "rostro humano de Dios y rostro divino del hombre" y considerar, al igual que Jesús lo hizo, a los pobres como los primeros destinatarios de este mensaje (n. 67). Invitar al encuentro con Jesucristo es la tarea a la que la Iglesia de América debe dedicar sus energías, siendo ésta una tarea que corresponde a todos los que ya se han encontrado con él (n. 68).

Elementos y tareas importantes para la nueva evangelización son: la catequesis, -dimensión esencial de la misma-, que está llamada a ser más kerigmática y orgánica y a expresarse de manera práctica en la promoción de la justicia social (n. 69); la evangelización de la cultura, que por la inculturación busca que el Evangelio sea anunciado en el lenguaje y la cultura de aquellos que lo oyen (n. 70); el mundo de la educación, que en el proyecto global de la nueva evangelización ocupa un lugar importante y es también un lugar privilegiado para promover la inculturación del Evangelio (n. 71); los medios de comunicación social, que es necesario conocer y usar en su lenguaje, naturaleza y características propias para realizar una verdadera inculturación del Evangelio y hacer más eficaz la nueva evangelización (n. 72); atender el desafío de las sectas (n. 73); y, finalmente, la misión *ad gentes*, que es una exigencia de la nueva evangelización para que el anuncio de Jesucristo llegue a los ambientes donde él es desconocido (n. 74).

Valoración global y perspectivas

Siguiendo de una manera global los seis capítulos de la exhortación, en los que se desarrolla desglosadamente la temática general que el Sínodo quiso abarcar, presentamos los que consideramos los grandes aportes que la exhortación ofrece, sin pretender con ello agotar la riqueza contenida en la exhortación, sino más bien como un punto de partida para ulteriores reflexiones.

1. La centralidad que la exhortación da a Jesucristo se constituye en un llamado para que la Iglesia en América retome con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones aquello que le es propio: el anuncio de Jesús, no sólo con palabras sino, y sobre todo, con el testimonio de vida. Es necesario que la Iglesia de América, como lo afirma la exhortación, hable cada vez más de Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre, con las palabras y con la propia vida (cf. n. 67). Este ha de ser el núcleo vital de la nueva evangelización (cf. n. 66).

De este cristocentrismo, en el que el Papa insiste, que debe acompañar la nueva evangelización de América, y de la rica imagen

de Jesús esbozada en la exhortación se desprenden importantes características para la reflexión cristológica que debe fundamentar y animar la tarea de la nueva evangelización del Continente americano:

- Facilitar el *encuentro vivo con el Señor*; a través de la Palabra, la celebración litúrgica y los pobres (cf. n. 12), es el primer gran desafío que la exhortación presenta, tanto a la cristología que se elabora en el Continente, como a la pastoral y, en general, a todos los que conforman la Iglesia en el continente americano. Este dato remite, de cara al tercer milenio, a repensar una cristología que, ubicada en el contexto americano, promueva una verdadera pedagogía de iniciación cristiana, una pedagogía catequética, una pedagogía celebrativa y una pedagogía de la solidaridad y de la pobreza, que permita de verdad un encuentro vivo y experiencial con el Señor, tanto de los que ya creen en él como de aquellos que todavía no lo conocen. Se trata de que todos comprometamos nuestra capacidad reflexiva y nuestra capacidad de acción para elaborar y realizar unos medios mistagógicos y pedagógicos que permitan ese encuentro vivo con el Señor. En este sentido la cristología del Continente tendrá que ser profundamente *misionera*.

- La cristología esbozada en la exhortación a partir de la categoría encuentro, es muy rica en matices existenciales. Quizás ella sea un reclamo a una cristología, y a la pastoral que de ella se ha derivado en el Continente, en la que se ha dado una excesiva importancia a las formulaciones racionalistas y abstractas que, aunque muy exactas, no han logrado permear la vida de los hombres y mujeres del Continente y son causa, de alguna manera, de la dicotomía entre fe y vida. En este contexto la exhortación remite a encontrar a Jesús en su Palabra, en la liturgia y en las personas, muy especialmente en los pobres. Es ésta una invitación a un encuentro con el Señor pleno de calidez y de vida. La Palabra, la celebración y la vida son los elementos cons-

titutivos de la fe y de la vida cristiana, y remitir a ellos, como lugares del encuentro con el Señor, es remitir a los lugares originales en los que la Iglesia desde el comienzo de su existencia ha hecho experiencia viva del Señor. En este sentido la cristología de la nueva evangelización de América de cara al tercer milenio será, entonces, una cristología menos discursiva y argumentativa y más existencial, vivencial y experiencial. Será una cristología que narre testimonialmente el encuentro con el Señor en la realidad concreta y en el hoy de cada día del Continente a través de su Palabra, de la celebración litúrgica y de su presencia entre los más pobres. Se trata en definitiva de una cristología primordialmente *narrativa-existencial*.

Es significativo que la exhortación no sólo enuncia los lugares del encuentro con el Señor, sino que inmediatamente ubica esos lugares en el hoy de América: se refiere al encuentro vivo con Jesucristo en la realidad de la América de hoy, llena de luces y sombras, como las que constata la misma exhortación. Es, por tanto, una cristología contextualizada puesto que se quiere leer esa Palabra, celebrar esa liturgia y encontrar a Jesús en el contexto propio que la realidad social y cultural del Continente configura. Será pues tarea de la elaboración cristológica en el tercer milenio hacerse cada vez más una cristología *contextualizada e inculturada*.

Dice el Papa que las personas, y especialmente los pobres, son un lugar de encuentro con Cristo, puesto que Cristo se identifica especialmente con ellos (n. 12). De aquí se desprende otra cualidad que debe caracterizar a la cristología que se elabore de cara a la nueva evangelización de América. Ella debe ser, también, una cristología *antropocéntrica y liberadora*, pues el encuentro con Jesucristo en las personas y, especialmente, en los pobres debe llevar a una solidaridad efectiva con ellos que comporte "la asistencia, promoción, liberación y aceptación fraterna" de los mismos (cf. n.

58). Se trata de la elaboración de una cristología que anime un anuncio de Jesucristo, que desde el encuentro solidario con los pobres, en donde se encuentra el rostro de Cristo, les devuelva a los mismos la esperanza, que quizás han perdido, víctimas de los procesos de globalización de la economía, regidos según la conveniencia de los poderosos (cf. n. 20), que los hace cada día más pobres.

2. Hace la exhortación una lectura de la realidad americana en clave cristológica-pastoral. Dos elementos importantes, que a la vez se convierten en tareas, se deducen de aquí: - que para emprender la tarea de una nueva evangelización de América es siempre condición indispensable un *acercamiento a la realidad* para poder responder a sus desafíos; -que esa lectura de la realidad se debe hacer siempre con un profundo sentido cristológico, tratando de desentrañar en ella la presencia del Señor y sus interpelaciones. En definitiva se trata de redescubrir, aunque no se diga explícitamente, la importancia que desde la *Gaudium et spes* ha tenido en la Iglesia, y especialmente en la Iglesia latinoamericana y caribeña, la lectura de los llamados "signos de los tiempos". Si se quiere hacer por tanto una nueva evangelización, que nunca envejezca y que sea siempre nueva es necesario prestar atención a los signos de los tiempos, ya que en ellos Dios dirige una palabra interpelante al hoy de América.
3. La espiritualidad cristiana para el tercer milenio será una *espiritualidad centrada en el encuentro, conversión y seguimiento de Jesús* y de su estilo de vida. La conversión al Reino, fruto del encuentro existencial con Jesucristo vivo, supone no sólo un cambio de mentalidad a nivel del pensamiento, sino también, y fundamentalmente, un cambio en el modo de actuar de las personas en orden a la transformación de la sociedad. Esta perspectiva hace que la espiritualidad y el compromiso social constituyan dos expresiones de la misma experiencia del encuentro auténtico con el Señor Jesús: por una parte, en las distintas situaciones de la vida el cristiano necesita acudir a las fuentes de su

encuentro con Jesús y, por otra, la conversión no es completa si falta la conciencia de las exigencias de la vida cristiana y si no se hace el esfuerzo para realizarlas en la vida de cada día. En este sentido, la lectura orante de la Sagrada Escritura, la celebración de los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la reconciliación, la contemplación de los misterios cristianos y la Doctrina Social de la Iglesia serán los lugares que nutran la espiritualidad eclesial en el tercer milenio. Será, pues, este tipo de espiritualidad, que desborda los límites de lo puramente individual e intimista, la que podrá favorecer la superación de la incoherencia entre fe y vida, que ha sido y sigue siendo uno de los mayores dramas de la vida cristiana en el Continente.

4. El primer fruto de la conversión es la *comunidad eclesial*; comunidad que es signo de la comunión trinitaria. La tarea de construir la comunión eclesial y de ser signo de ella ante el mundo es una de las grandes gestiones a las que la Iglesia en América está abocada en el tercer milenio (cf. n.35 y 32).

La eclesiología de comunión presentada por la exhortación es necesario descubrirla no sólo en el capítulo dedicado particularmente a la comunión, sino que hay que rastrearla a lo largo del documento para que emerja con todo su significado y alcance. Los lazos comunales, a un nivel real y existencial, entre las diversas personas y estancias jerárquicas de la Iglesia son importantes y necesarios (cf. 36-37; 39), así como también los lazos comunales de aquellas con el pueblo de Dios en general, y del pueblo de Dios entre sí, y del pueblo de Dios con todos los hombres.

La Iglesia en el Continente es invitada a ser signo de solidaridad y de una "comunidad reconciliada"², tanto al interior de ella misma como de ella con el hombre, especialmente con aquél que se encuentra más maltratado y aporreado en su dignidad³. Es ésta una eclesiología integralmente de comunión a todos los niveles

² Cf. n. 32.

³ Cf. El ya citado n. 32 y los nn. 12, 30, 52, 56, 58, 64, 67.

eclesiales puesto que tiene en cuenta todos los aspectos que ella puede abarcar. A este respecto bien vale la pena citar el número 32 de la exhortación que revela bastante bien ese profundo sentido eclesiológico de la comunión: "La Iglesia católica, que abarca a hombres y mujeres de toda nación, razas, pueblos y lenguas' (Ap 7, 9), está llamada a ser, 'en un mundo señalado por las divisiones ideológicas, étnicas, económicas y culturales', el 'signo vivo de la unidad de la familia humana'. América, tanto en la compleja realidad de cada nación y la variedad de sus grupos étnicos, como en los rasgos que caracterizan todo el Continente, presenta muchas diversidades que no se han de ignorar y a las que se debe prestar atención. Gracias a un eficaz trabajo de integración entre todos los miembros del pueblo de Dios de cada país y entre los miembros de las Iglesias particulares de las diversas naciones, las diferencias de hoy podrán ser fuente de mutuo enriquecimiento. Como afirman justamente los Padres sinodales, 'es de gran importancia que la Iglesia de toda América sea signo vivo de una comunión reconciliada y un llamado permanente a la solidaridad, un testimonio siempre presente en nuestros diversos sistemas políticos, económicos y sociales'. Esta es una aportación significativa que los creyentes pueden ofrecer a la unidad del Continente americano".

Lo anterior significa que *la elaboración eclesiológica* que se haga en el Continente tendrá que estar centrada en todos los aspectos que se desprenden de la cristología arriba enunciada y que favorecen la comunión. Una eclesiología que, reconociendo y valorando las diferencias entre las diversas personas y culturas, fomente la *reconciliación* de las personas entre sí y, también, entre los diversos pueblos y culturas que conforman el Continente, para que los lazos espirituales que los unen a todos, -personas, pueblos y culturas-, fruto de la fe común y del encuentro vivo con Jesucristo, se exterioricen y visualicen en estructuras y estancias eclesiales de verdadera participación y comunión. Será entonces una eclesiología que se elabore no desde meros conceptos generales de comunión, sino desde y a partir del testimonio de una *comunión vivida* entre las distintas estancias jerárquicas de la Iglesia, de éstas con el Pueblo de Dios, y de todos los miembros del pueblo de Dios entre sí. Será, al mismo tiempo, una eclesiología marcadamente *ecuménica*, que fomente la construcción de una verdadera reconciliación, solidaridad y comunión entre los cristianos de las diversas Iglesias y

Comunidades eclesiales (cf. 38; 49), y de todos éstos con los creyentes de otras religiones (cf. n. 50-51). En este sentido será también una eclesiología *misionera*.

Otra dimensión importante de la eclesiología es la que va en la línea del amor preferencial por los pobres y marginados, que no supone exclusivismo o particularismo alguno. La exhortación insiste en que los pobres son los primeros destinatarios de la evangelización (n. 67), que amándolos a ellos el cristiano imita las actitudes del Señor (n. 58), que hay que seguir trabajando para que esta línea de acción pastoral sea cada vez más un camino para el encuentro con Cristo (n. 58) y que hay que intensificar y ampliar cuanto se hace ya en este campo, intentando llegar al mayor número posible de pobres (n. 58). Por estas razones el Papa pide a la Iglesia de América "vivir con los pobres y participar de sus dolores y testificar por su estilo de vida que sus prioridades, sus palabras y sus acciones, y ella misma están en comunión y solidaridad con ellos" n. 58). Es este pues un llamado para elaborar una reflexión eclesiológica, que sin excluir a ninguno, aporte elementos que contribuyan a hacer cada vez más real ese llamado que el Papa hace de una Iglesia existencial y vitalmente más cercana y *solidaria con los más pobres*.

Con referencia a este mismo aspecto de la eclesiología de comunión da la impresión, en un primer momento, que el modelo eclesiológico comunal de las Comunidades eclesiales de base, modelo que en América Latina y el Caribe ha constituido la expresión, llevada hasta sus últimas consecuencias, de la eclesiología de comunión propuesta por el Concilio, ha desaparecido⁴. Sin embar-

⁴ La proposición n. 47 expresaba así la importancia de estas comunidades: "La acción del Espíritu de Jesús continúa a convocar a sus discípulos para que formen nuevas comunidades fraternas entre las cuales se encuentran 'la comunidad eclesial de base', de las cuales JUAN PABLO II afirma que son un signo de la vitalidad de la Iglesia, un instrumento de formación y de evangelización, un válido punto de partida para una sociedad fundada en la cultura del amor recíproco (cf. *Redemptoris Missio* 51)". Y luego la proposición sugiere que se afirme de nuevo que las pequeñas comunidades eclesiales de nuestra Iglesia de América son un elemento importante, accesibles a todos, que orientan mejor la vida para el encuentro con Jesucristo, ayudando así a la parroquia a ser una comunidad de comunidades.

go resulta innegable que la invitación a considerar la parroquia como comunidad de comunidades y movimientos y la recomendación de formar comunidades y grupos eclesiales de dimensiones pequeñas, que favorezcan las relaciones humanas y la vivencia más intensa de la comunión, es una alusión indirecta a las comunidades eclesiales de base, que tanto los obispos latinoamericanos y caribeños en sus Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo, el mismo Sínodo de los obispos en sus recomendaciones finales, como el mismo Papa Juan Pablo II recomiendan. Lo que parece entreverse es que el modelo comunional de esas comunidades no sea ya el único, o al menos, el más importante modelo eclesial posible, capaz de responder a la actual complejidad de los modos de vida y procesos culturales que se dan cita hoy en América. Da la impresión que la exhortación quiere, en primer lugar, abrir la comunión a una instancia que toca profundamente el corazón del hombre: tener *un corazón comunitario*, que lo lleve a la solidaridad práctica con todo lo humano, especialmente con los más pobres y, en segundo lugar, a crear unas *instancias operativas y funcionales que hagan concreta la comunión* y la participación, como pueden ser la participación en la elaboración de planes de acción pastoral de conjunto y en la participación en los diversos organismos diocesanos y parroquiales, o a un nivel más amplio, la creación de comisiones para el estudio de un tema particular o las reuniones interamericanas de obispos. Esta no es una eclesiología que anula o se superpone a la de las pequeñas comunidades, sino que es la oferta de otro modelo eclesiológico de comunión que quiere responder a ciertas situaciones donde la complejidad organizacional de la sociedad lleva a concebir lo comunitario desde ópticas nuevas.

Quedan, así, establecidos, a partir de la exhortación, grandes desafíos de construcción real y concreta de la comunión eclesial en el hoy de América, que llevan a buscar modelos, aún inéditos, de comunión, que se constituyan en signos concretos ante el mundo, de la realidad que se opera al encontrarse con Jesucristo vivo. En este mismo sentido va también el imperativo, que se desprende de la exhortación, de buscar caminos concretos de unidad y comunión que realicen, de una manera seria y real, la reflexión y la acción en torno a la construcción de una verdadera unidad ecuménica y de un fraternal diálogo interreligioso.

5. La conversión, afirma la exhortación, conduce a la comunión y mueve a la *solidaridad*. Se desprende del capítulo V, como ya se insinuaba en el apartado anterior, un modelo eclesiológico de solidaridad que está íntimamente ligado al de comunión. Desde el Vaticano II, pasando por Medellín, Puebla y Santo Domingo, hasta llegar al Sínodo de América, es ya conciencia adquirida la urgencia y necesidad de la presencia de la Iglesia en todo lo que tiene que ver con la promoción de lo humano, sobre todo, allí donde la dignidad de los hombres y mujeres del Continente se encuentra herida. Se trata de la construcción de la llamada cultura de la solidaridad, que no es otra cosa que volver cultura, es decir, estructura permanente, la opción por el hombre, especialmente por los más pobres. La construcción de lo humano no es algo que está al margen o junto a la evangelización, sino que hace parte esencial de la misión evangelizadora, constituyéndose esta gestión en una tarea que va más allá de lo meramente sociológico, de la mera filantropía eclesial o de una cierta labor de subsidiaridad frente a la incompetencia de los estados para resolver las cuestiones que tienen que ver con el crecimiento y el desarrollo humano. Es aquella, la tarea de la construcción de lo humano, una tarea con un hondo fundamento y significado teológico y cristológico.

La anterior es la razón por la que se constituye en todo un desafío para el Iglesia en América en el tercer milenio hacer realidad la construcción de *una Iglesia en una América*. Una Iglesia en comunión y solidaridad en una América unida y solidaria. Es quizás éste el sentido de la urgencia de que “en un mundo señalado por las divisiones ideológicas, étnicas, económicas y culturales” la Iglesia se constituya en “signo vivo de la unidad de la familia humana” (...), signo vivo de una comunión reconciliada y un llamado permanente a la solidaridad (cf. n. 32) Ese mismo debe ser quizás el sentido del llamado a crear una verdadera cultura globalizada de la solidaridad que se manifieste en una mayor integración entre las naciones para que no haya más pobres ni marginados, como es el deseo de la Iglesia (cf. n. 58).

Pareciera, pues, que ante el reto de la globalización económica y cultural propia del mundo de hoy, la Iglesia propone la necesidad para el tercer milenio de una *globalización eclesial* en el continente, de tal manera que las Iglesias particulares de una na-

ción se ayuden y solidaricen entre sí, y la Iglesia de cada nación se solidarice con la de las otras naciones, y la Iglesia de una región mayor se solidarice con la de las otras regiones, a través de procesos eclesiales interamericanos de relación, y que esta comunión y solidaridad eclesial se convierta en testimonio y signo para la construcción de una *cultura globalizada de la solidaridad* en América.

6. Los elementos y tareas que según la exhortación requieren de una especial atención en el programa de la nueva evangelización -la catequesis, la evangelización de la cultura y la *inculturación*, la evangelización de los centros educativos, la evangelización con los medios de comunicación social, el desafío de las sectas y la misión *ad gentes*- no debe llevar a confusión, pensando que sean sólo ellas las que determinen el alcance total de la misma. La nueva evangelización se ocupa de muchos más aspectos y comprende ricos y abundantes elementos que contribuyen a caracterizarla mejor, como se deduce de todo el contenido de la exhortación: el anuncio vital-existencial de Jesucristo vivo; la invitación a la conversión a él, que promueva una auténtica espiritualidad cristiana; la renovación de la Iglesia, que tienda a la construcción de la comunión eclesial y a la comunión de todos los hombres entre sí y de éstos con Dios y con la naturaleza; la promoción de la solidaridad entre las Iglesias del Continente y de la cultura de la solidaridad, en donde todos seamos responsables de todos y promovamos la vida y la paz, defendiendo los derechos de todos, sobre todo, los de los más pobres; el llamado a que la Iglesia en América sea toda ella misionera, tanto en su interior como hacia fuera, para que Cristo sea anunciado entre los que todavía no lo conocen.

En este contexto, extraña profundamente que la importante y decisiva cuestión en torno a la evangelización de la cultura y la inculturación del Evangelio sólo aparezca mencionada sin una profundización mayor. El magisterio del Papa Juan Pablo II ha sido muy rico en otras oportunidades acerca de este tema. Había afirmado el Papa que la inculturación es "centro, medio y objetivo de la nueva evangelización"⁵, además de las ricas alusiones al tema en la encíclica *Redemptoris Missio*. Todavía extraña más la poca mención

⁵ Cf. *Discurso al Consejo Internacional de Catequesis*, 26.9.92.

del tema dado el hecho de que América ha sido y es un verdadero lugar de encuentro de razas y culturas, pues en ninguna otra parte del mundo han confluído tantas razas, acogiéndose, mezclándose e intercruzándose entre sí. Urge conectar de una manera especial el tema de la nueva evangelización con el de la inculturación, la invitación a profundizar en ella y buscar caminos y metodologías para su realización, pues no hay que olvidar que toda evangelización debe ser al mismo tiempo inculturación del evangelio⁶ y que la diversidad cultural de América exige la inculturación del Evangelio de cara a hacer más eficaz la nueva evangelización en el tercer milenio.

Conclusión

Encuentro con Jesucristo vivo, conversión, comunión, solidaridad, inculturación y misión conforman los desafíos y las características de la nueva evangelización de América en el tercer milenio. Un renovado encuentro vivo con Jesucristo, una Iglesia en permanente proceso de conversión, una Iglesia que construye la unidad y la comunión de sus miembros entre sí y fomenta el dialogo ecuménico e interreligioso, una Iglesia en la que todos sus miembros y las Iglesias particulares sean solidarias entre sí y con todo lo que signifique promoción de lo humano, especialmente de los más pobres, hasta el punto de promover la globalización de la solidaridad, una Iglesia inculturada y misionera, tanto en su interior como en la misión *ad gentes*, son las características y, al mismo tiempo, los desafíos que tiene que enfrentar la *Ecclesia in America* para llevar a cabo el programa de una nueva evangelización del Continente en el tercer milenio que llega.

Dirección del autor:

Carrera 86A No. 47A-84

E-mail: acadavid@janua.upb.edu.co

Medellín - Antioquia

Colombia

381

⁶ Cf. *Documento de Santo Domingo* n. 13.